

## El magno sacrilegio: Los cruzados y las reliquias de Constantinopla.

Francisco Aguado Blázquez

---

*Religio peperit scelerosa atque impia facta*

Lucrecio, *De Rerum Natura*, 1, 83

*Anno Domini 1204, civitas Constantinopolitana capta est et spoliata,  
a Christianis, plurimis divitiis et rebus, ac multis sanctorum reliquiis  
ut apparet in Venetia et Halberstat.*

Chronica S. Aegidii Brunswicensis

### La “ciudad guardada de Dios” y el sacro tesoro.

De entre todas las capitales del ecúmene cristiano, Constantinopla, desde donde regían los sucesores de Augusto, pasaba por ser la que mayor elenco y valía de reliquias albergaba. Al abrigo de recios muros, en incontables *martiria* y capillas se amontonaban –y no es una licencia literaria– los más variados y gloriosos huesos, músculos y vísceras de hombres y mujeres; amén de objetos muy diversos que se aceptaba estaban santificados por contacto.<sup>1</sup>

La de Constantino había nacido como una prorrogada *Nueva Roma* y para ello se proyectó con siete colinas, un arco millón, foros y cuantos edificios homólogos hubo menester para que la igualdad fuera plena; a veces incorporando el mismo pórfido traído desde la precursora del Tíber. Pero aún más, con el impulso y la vehemencia de la naciente fe, muy pronto quiso ser también una genuina “Hagiópolis”; *Nueva Jerusalem* con la impronta y patrocinio de los santos y la compleja divinidad que sustituía al paganismo, donde cada rincón mostrara la huella indeleble de aquello que estaba descrito en las Sagradas Escrituras y los edificantes textos hagiográficos.<sup>2</sup>

---

<sup>1</sup> “Todas estas reliquias tenían una virtud aún más apreciable: por simple contacto eran capaces, por así decir, de multiplicarse, comunicando su potencia a una infinidad de objetos que podían a su vez transportar el milagro no importa donde”; Ducellier, *Le drame de Byzance*, pág. 282

<sup>2</sup> El culto a las reliquias hunde sus raíces en un periodo muy temprano de la historia del cristianismo. Un fenómeno que se generalizó entre las comunidades de uno y otro confín hasta el punto de servir como motivo de identificación y repulsa entre aquellos que se oponían a las nuevas creencias (Vease por ejemplo las críticas lanzadas por el emperador Juliano que se lamentaba incisivo: “...todo lo habéis llenado de sepulcros y tumbas, aunque en ninguna parte está dicho entre vosotros que os arrastréis entre las tumbas y las rodeéis de honores”, Juliano, *Contra los Galileos*, 335B). Occidente, desde luego tenía muy abundantes y destacados haberes. Pero apenas conformaban una menguada muestra en relación a lo que atesoraba el Imperio de Oriente. Es pasmoso, pero ni siquiera la vieja Roma, con Letrán y Santa María Mayor, resistían la comparación. Desde Pulqueria y

Los constantinopolitanos, gobernantes y ciudadanos en causa común, a punto estuvieron de conseguir ambos ideales; el primero virtud a las ingentes y presurosas labores de construcción, y el segundo como resultado de un paciente periodo de acoger y recopilar lo “inventado”, con pasión y sin respiro alguno para el desánimo o el escepticismo.<sup>3</sup>

La heredad de reliquias iba a incluir tanto primigenias (las atinentes a reales o legendarias víctimas de las persecuciones), como aquellas otras dominicales y veterotestamentarias; en verdad siempre dudosas pero también irresistiblemente atractivas y altisonantes. Y aún después, las que surgirían de la difícil coexistencia entre poderes laicos y eclesiásticos que se pretenden fuertes o de las entrañas mismas de un pueblo a rebosar de conciencia religiosa, que busca modelos de ese reino ideal de Dios. Huyendo de invasiones y turbulencias, los fieles pondrán empeño en trasladarlas desde las regiones hasta la metrópoli en el Bósforo; último reducto inexpugnable a las huestes bárbaras y otros infieles.

En la primera etapa, del siglo IV al VII, procederán en mayor medida de los Balcanes, consecuencia de las incursiones que azotan cruzando el desguarnecido río Danubio.<sup>4</sup> Poco antes y durante el periodo heracliano, el norte de Africa y Palestina casi se vaciarán de los otrora prolíficos y famosos instrumentos de la Pasión, en precipitada mudanza un pie por delante del empuje arrollador que sostenía a los jinetes del Islam. Entre tanto, sucesivas remesas de exaltados monjes y otros *locos de Dios* se ganarán la aureola de santidad, virtud a ascetismo y milagros.<sup>5</sup> En el siglo IX, la Iglesia encontrará en los mártires obstinados de la iconoclastia un filón tan amplio como "autóctono", pues muchos serían originarios de la propia urbe. La epopeya bizantina del siglo X<sup>6</sup>, que recupera territorios notables hacia el este, aporta no menos importantes trofeos de nueva fábrica aunque arcana tradición, tales como el *Mandilion*

---

Verina, dos excepcionalmente piadosas augustas, Bizancio también en esto había sido y era la “primera potencia” del medievo.

<sup>3</sup> “... la distancia entre la Nueva Roma y la Nueva Jerusalem no se reduce sino mucho más tarde: cuando las construcciones de iglesias y de monasterios se multiplican bajo Teodosio II y Pulqueria; cuando la transferencia de reliquias hacia la capital alcanza, en el siglo V, las proporciones de una verdadera colecta religiosa”; Dagon, *Naissance d'une Capitale*, pág. 409. Desde los cementerios donde se habían enterrado los primeros cristianos, se iniciaría un movimiento masivo de despojos hacia nuevos emplazamientos que gozaron de un tamaño y lujo progresivamente crecientes “...lo que lleva a un cambio radical en el coeficiente de santidad de la ciudad fue la nueva costumbre de la traslación de reliquias”, Mango, *Constantinople, Ville Sainte*, pág. 628.

<sup>4</sup> Sobre el protagonismo de Teodosio II y, sobre todo, Pulqueria en la cristianización y provisión de reliquias en Constantinopla, incluyendo aquellas ilustres de Samuel, José, Zacarías, Lorenzo, Isaías y Esteban se puede consultar el texto de Limberis, *Divine Heiress*. Es harto llamativa la facilidad con la que, a la princesa que se prometió permanecer virgen de por vida, en sueños se le aparecían determinados santos para anunciarle el lugar exacto donde yacían sus restos. Por supuesto, de inmediato se ordenaba buscar allí mismo y con enorme alegría se verificaba el descubrimiento (la “*inventio*”). Pese a la agria disputa que había enfrentado antaño a su madre con Juan Crisóstomo, la augusta beata y el obispo Proclo pudieron convencer al emperador para que se hiciera trasladar en olor de santidad el cuerpo del patriarca “boca de oro” en el 438.

<sup>5</sup> Para un catálogo de santos bizantinos, desde los Balcanes hasta los confines de Anatolia se puede consultar el amplio trabajo de Malamut, *Sur la route des saints byzantines*.

<sup>6</sup> Término desarrollado por el historiador francés Gustav Schlumberger; que dedicó al periodo su conocido, voluminoso y emotivo trabajo en tres volúmenes, *L'Épopée byzantine a la fin de dixième siècle*.

de Edessa<sup>7</sup> o la que tal vez sea la más estimada entre las que se decían cabeza del *Pródromos*. Las campañas de Jorge Maniaces en Sicilia (1037-1040) permitirían salvar de manos sarracenas los cuerpos de las santas Ágata y de Lucía, dos preciadísimas vírgenes que saltarán al primer "ranking" de devoción bizantina en aquellas fechas. Todavía los Comneno tendrán ocasión de incrementar con pundonor el acervo: Manuel I portará sobre su regia espalda la llamada *piedra de Nicodemo*, desde el puerto hasta la nave central del Pantocrator.<sup>8</sup>

Al alba de la duodécima centuria, tal vez el número de reliquias superara con holgura los cuatro millares, distribuidas en otros tantos centenares de iglesias parroquiales y *catolicones* monásticos.<sup>9</sup> Una concentración inaudita nunca antes y después alcanzada en lugar alguno. Y si, como decían los cronistas, aquellas la convertían en la "*ciudad guardada de Dios*" también en cierto modo serían caudalosa y agitada fuente de perdición. La Cuarta Cruzada encontrará en ellos un reclamo irresistible y los hombres que prendían en sus ropajes el signo enfático del sacrificio del Hijo, en su abrazo devoto, desgarrarán sin posible reparo aquel sacro tesoro.<sup>10</sup>

## La avidez

### *Las razones de un contrasentido.*

Las causas mediatas que condujeron a la toma de Constantinopla en 1204 han sido fuente de enconados y sesudos debates entre especialistas. Es un tema controvertido; a día de hoy bien lejos de estar agotado.<sup>11</sup> No obstante, parece fuera de duda que la "idealista" y oficial misión que se articulaba en el pensamiento del instigador Inocencio III y de muchos caballeros francos y flamencos (cual era la de socorrer a sus vasallos y hermanos en Tierra Santa), no coincidía en plenitud con aquella otra de ciertos italianos o alemanes que tenían, a buen seguro, intereses más personales y

---

<sup>7</sup> La "Santa Faz" de Edesa llegó a Constantinopla el 16 de Agosto del 944 junto a la carta que supuestamente había enviado Jesús al rey Abgar. Constantino VII y Romano Lecapeno colocarán la tela sobre el trono en la gran sala del Crisotriclinos y después se quedará en el propio palacio, en un adoratorio especial de la Faros, "*para la gloria de los fieles, la salvaguarda de los emperadores, la seguridad de la ciudad entera y la tranquilidad de espíritu de los cristianos*"; Patlagean, *L'entrée de la Sainte Face d'Edesse*, pág. 41.

<sup>8</sup> El complejo de San Salvador Pantocrator incluía tres iglesias unidas por un nártex común. La central servía como capilla funeraria de los Comneno y allí reposarían, entre otros miembros de su familia, los emperadores Juan II y Manuel I. El monasterio abarcaba una extensión impresionante en la que se daba cabida desde una biblioteca sin parangón hasta el más famoso y documentado hospital del medievo (Historia, contenido y localización topográfica en Janin, *Les églises et les monastères*, pág.s: 515-523).

<sup>9</sup> The *Oxford Dictionary of Byzantium*, Vol. 3. pág. 1781 (Datos conforme a Meinardus, *Oriens Christianus*, 54, 1970, pág.s: 131-133)

<sup>10</sup> "*En los siglos XI-XII la colección alcanza su punto culminante: el peregrinaje a Constantinopla está bien organizado y se editan pequeños manuales para indicar el emplazamiento exacto de todos estos tesoros y el itinerario a seguir. Todo esto será una invitación al pillaje que sobreviene en 1204...*". Mango, *Constantinople Ville Sainte*, pág. 632.

<sup>11</sup> "*Sabemos cuantas discusiones ha provocado la cuestión de las responsabilidades en esta desviación de la cruzada. En ausencia de documentos que nos informen sobre las negociaciones secretas, sólo la sucesión de los acontecimientos es lo que permite apuntar una hipótesis*"; Brehier, *Le déclin et la chute*, pág. 298. "*Todavía ocho siglos después, siguen estas preguntas en el aire*"; Ducellier, *La agonía de Bizancio*. pág. 201.

políticos respecto a Siria (Bonifacio de Montferrato) o incluso Bizancio (Felipe de Suabia). Si a ello se añade el desparpajo comercial de los venecianos –que establecían pactos con al-Adil de Egipto justo a la par que negociaban con los cruzados su transporte para atacar al mismo sultán– queda patente que la divergencia de intereses debía pesar como grave y pertinaz conflicto en la conducción de aquella empresa.

El Papa, que siempre consiguió –retrasos aparte– estar bien informado de los avatares, iba a intentar mantener la cohesión y el orden. No podían escaparse las ventajas que a muchos empujaban hacia el Imperio Oriental y, en su perspicaz y prudente inteligencia, buscó con ahínco acomodo a la espinosa cuestión. Hacer entrar en vereda a los cismáticos bizantinos y poder utilizar su imperio como base sólida y leal en relación a Jerusalem no era un mal resultado. Aunque no estaba exento de graves riesgos.<sup>12</sup>

Señalados autores asumen que Bizancio, aunque no el destino final, sí fue un definido objetivo preliminar.<sup>13</sup> Y, dado el éxito y lo que a la sazón súbito se derivó, fue a resultar el único y gran asunto. Hay pocas dudas de que la decisión de atacar la ciudad se tomó al mismo tiempo que la renuncia total a continuar camino de Palestina. Aquello parece haber colmado, al completo, las aspiraciones de la inmensa mayoría. En el aspecto material y también en la devoción, que nunca debe obviarse en aquellas fechas y voluntades.<sup>14</sup> De cierto que había allí todo lo que era capaz de entusiasmar a la bizarra amalgama de guerreros y clérigos. Los "terrenales" estuvieron claros: haciendas y aumento de estatus social en el marco de los valores que preconizaba el más puro feudalismo; siervos y cultivos no faltaban en la Romanía desde que el régimen de *pronoia* se había consolidado. Pero, ¿cuáles eran los beneficios de orden piadoso que empujaron y dieron tranquilidad moral absoluta a los cruzados?. No sería sólo "latinizar" al clero y la liturgia de los orientales; había algo más y sumamente importante para sus ávidos ojos y manos. Y tangible: las reliquias.

### *Profusión y lógica de los antecedentes.*

A juzgar por los relatos de algunos de los mismos protagonistas (que a veces sorprenden por la ingenuidad que advertimos); *los tocados de la gracia de Dios* fueron en verdad uno de los más importantes, sino el principal, entre la lista de objetivos

---

<sup>12</sup> Runciman, *La Cruzada contra los cristianos*, pág. 109.

<sup>13</sup> Así Louis Brehier que concluía en este sentido diciendo: “*existen razones para creer que su desviación hacia Constantinopla estaba ya decidida en los consejos de los grandes jefes; esto explicaría el envío a Roma, antes de abandonar Zara, del legado Pedro con el encargo de pedir al Papa la aprobación para restaurar al pretendiente Isaac Angel*”; *Le déclin et la chute*, pág. 297.

<sup>14</sup> “*Historiadores modernos han demasiado a menudo falsificado la Cuarta Cruzada como una aventura puramente secular. Aunque los comerciales y otros intereses mundanos fueron factores importantes en el desvío de éste evento histórico, incluso contemporáneos como Gunter o Inocencio III así lo reconocen, tales jugaron un papel subsidiario. La Cuarta Cruzada fue primariamente una expresión religiosa para el mercader veneciano tanto como para el simple caballero francés*”; Andrea, *The Capture of Constantinople*, pág. 29.

“espirituales” que inspiraron la operación.<sup>15</sup> Ningún otro era más fácil de aquilatar y "poner precio" en la mente de aquellos que no renunciaban a sentirse "peregrinos".<sup>16</sup>

En el periodo más álgido de predominio del cristianismo como fenómeno religioso-político-ideológico la cuestión de las reliquias alcanzó un desarrollo sin precedentes en Europa. Algún autor ha querido ver cierta similitud con el *fervor por el arte* que hoy se observa entre buena parte del mundo desarrollado; pero la cuestión parece haber tenido mucha mayor entidad y significación. En el aspecto teológico suponían –y todavía hoy es así en el pensamiento oficial de la Iglesia– un testimonio; manifestación asombrosa de la gracia divina, modelos presentes de la resurrección que siempre ha sido la gran promesa de la doctrina cristiana.<sup>17</sup> Por ello se apropiaron de un espacio y tiempo privilegiados en el templo; en torno a ellas giraba una larga, abigarrada y trascendental parte del rito.<sup>18</sup> Sobre cada una *aclamada* planeaban narraciones edificantes, anécdotas y *señales* que se iban sumando y distorsionando a lo largo de generaciones; desde un origen casi siempre arcano y oscuro. Así, su capacidad totémica no hacía más que crecer. Y el poder sobrenatural, más dudoso, se mezclaba íntimamente con una magnífica industria, siempre bien real, que se articulaba en hostelería, intercambios comerciales y exorbitantes donaciones. Su entorno geográfico-físico se convertía también en un “espacio sagrado” que todo nacido ansiaba transitar. En un mundo crédulo, inmerso en el fundamentalismo cristiano, pocas cosas podían tener mayor empuje y rédito.

Y con tales perspectivas, no sorprende que el robo de especímenes fuera un fenómeno hartamente frecuente.<sup>19</sup> Los lugares menos favorecidos debían procurarse activos y aún teniéndolos, la avaricia y corrupción venían a instalarse con naturalidad cuando la materia adquiría fuerza arrebatadora de atracción, sobre fieles y ponderables. En particular las ciudades emergentes, prósperas pero sin herencia espiritual, anhelaban el prestigio que sólo daba la posesión de sonoras reliquias; algunas de las cuales se ubicaban en rivales que ya enfilaban la decadencia. Pese a condenas explícitas – incluso rubricadas en concilios– y ciertos casos ejemplarizantes de restituciones, la

---

<sup>15</sup> Jean Ebersolt afirmaba tajante: “*los restos de santos fueron la parte del botín más buscada*”, *Orient et Occident*, pág. 82. Un autor moderno, John Godfrey, se muestra más moderado pero destaca también que “*hubo muchos hombres en el ejército que deseaban las reliquias tanto como el dinero o los adornos*”, 1204, *The Unholy Crusade*, pág. 149. Las justificaciones de Gunter de Pairis para la actitud del abad Martin, héroe de la historia que nos ha legado, se basan particularmente en el *topos* de las reliquias; su incondicional y acongojante búsqueda es la distintiva “prueba” que se esgrime sobre la nobleza de sus propósitos; (Andrea, *The Capture of Constantinople*, pág. 17).

<sup>16</sup> “*Éstas eran un tipo de riqueza que los cruzados podían con mayor propiedad apreciar su valor que aquella que consistía meramente en mármol o bronce, al que sólo el genio del escultor había añadido valor*”, Pears, *The Story of the Four Crusade*, pág. 193. Las cruzadas podrían entenderse entonces como “*peregrinaciones a mano armada...*” (Ebersolt, *Orient et Occident*, pág. 73).

<sup>17</sup> Caneti, *Frammenti di eternità*, pág. 107.

<sup>18</sup> De hecho, el edificio cristiano adquiere en ese momento un verdadero significado como “relicario de relicarios”, construido teniendo muy presente aquella principal tarea de custodia y exposición. Un especialista en la cuestión como Frolov afirmaba: “*Los constructores de la Edad Media podían concebir una iglesia como un inmenso relicario. La designación “capilla” puede tener su origen en el nombre de una reliquia, la capa de San Martín que estaba conservada en un oratorio particular de los reyes merovingios*”; (Frolov, *Les reliquaires*, pág. 86).

<sup>19</sup> Se puede consultar al respecto el trabajo de Patrick J. Geary, *Furta Sacra*, en particular las páginas 110-112.

política de "hechos consumados" continuó de manera demasiado habitual y provechosa para los tomadores.

### *Tesitura y voces.*

A finales del siglo XI, en el aspecto y planteamiento que desarrollamos, Constantinopla eventualmente respondía a las cualidades de la mejor prenda; madura y muy deseable. Aunque todavía con el boato y la extensión de un gran imperio, el bizantino no era ya lo que aparentaba ser. Una generación de líderes con escasas aptitudes y la inoperancia de nuevas estructuras económico-sociales estaban esterilizando su otrora vigorosa capacidad de recuperación. Para los más avisados, un golpe al corazón del oriente cristiano no sólo revestía contingencia, podría ser una "inmejorable ocasión".

Tanto por valor intrínseco como por el lujo del envoltorio o relicario que las sostenía, las reliquias constantinopolitanas constituían renombrados y muy singulares "objetos de deseo" en el medievo cristiano.<sup>20</sup> En las ciudades y campos, desde Rusia a las lejanas Islas británicas, el común de la gente tenía puntual conocimiento de su existencia y de la inusitada fastuosidad de cada "puesta en escena".<sup>21</sup> Peregrinos y viajeros se encargaban de extender prolíficas descripciones<sup>22</sup> sobre lo abundante y variado que habían tenido ocasión de entender y venerar en la fabulosa urbe de los

---

<sup>20</sup> En cuanto a lo crematístico, que siempre tuvo su peso específico incluso en estos asuntos, no cabría mayor magnetismo. Se desarrolló hasta lo indecible esa espectacular rama del arte que conocemos como *orfebrería religiosa*. Las humanas cabezas se encajaban con ingenio en pequeñas vitrinas de maderas nobles y gruesas capas de metal precioso por doquier. Los brazos y piernas se recubrían con molduras de oro y vaina de plata maciza. En la mayoría se incrustaban gemas, zafiros y otras alhajas, sin escatimar. Porciones menudas se guardaban en artísticas arquetas o cofres, donde se derrochaba mármol, marfil y ébano. Los sarcófagos para incorruptos completos se nutrían por igual de argento y lienzo con hilo áureo. En los vestidos no se dejaba espacio sin cubrir con algún material de alto precio. Y la imaginación se desbordaba cuando era cuestión de ubicar minúsculos vestigios en recipientes cuya repujada y primorosa forma y textura daban testimonio de tanta inspiración como prosperidad. En cada y cualquier caso, los relicarios suponían un alarde impetuoso de lujo sin medida. El compuesto, divino y humano, alcanzaba un valor desmesurado.

No faltaron justificaciones intelectuales para esas presencias. En un tono neo-platónico, bizantinos y occidentales coincidirán en relacionar nobleza de materiales con espiritualidad. Nicolas Kallikles en el siglo XII escribía que las perlas representaban a Cristo, el oro a la Virgen y las gemas, la ligazón que les unía el uno al otro; y así "*la inteligencia del espectador se abre a los misterios de la divinidad*"; Frolow, *Les reliquaires*, pág. 196.

<sup>21</sup> Los trabajos bizantinos siempre fueron sobresalientes. Las estaurotecas de los emperadores sirvieron de modelo ampliamente imitado y distribuido en todo el mundo cristiano; Frolow, *Les reliquaires*, pág. 103. Los *argyropratai*, orfebres de Constantinopla que ocupaban preferentemente el primer tramo de la Mesé o calle principal, eran artesanos del mayor nivel y consideración. Las reglamentaciones más severas regían su oficio, desde el acceso a las materias primas hasta la venta y distribución de los productos finales. Incluso en época de los Comnenos la calidad y prestigio de Bizancio no tenía rival.

<sup>22</sup> "*Así Bizancio aparecía a los ojos de los occidentales como una región maravillosa, fuente de piadosas y poéticas leyendas, de cuentos populares de los que sacaban provecho los hagiógrafos y los autores de romances*", Ebersolt, *La dispersion des Trésors des sanctuaires*, pág. 143. Alguien de la categoría del abad Suger de Saint Denis (1122-1151); se hacía repetir, una y otra vez, por cualquiera que hubiera visitado Santa Sofía en Constantinopla, la letanía de las bellezas que adornaban la iglesia sin igual, sucesora digna del legendario templo de Salomón; (Durand, *L'orfèvrerie IXe-XIe siècle*, pág. 306).

césares<sup>23</sup>. Los pioneros de la guerra santa también fueron privilegiados testigos, incluso apóstoles.<sup>24</sup>

Narraciones como aquella *Leyenda Aurea*, de Jacobo de Vorágine, sirven como referente literario de la importancia conferida a Bizancio, también entre los letrados, en cuanto "reservorio" espiritual. Gracias al relato se han conocido las cuitas de Teodosio el Grande con la primera de las cabezas del Bautista o aquellas otras de su nieto homónimo en relación al cuerpo de San Juan Crisóstomo y los llamados Siete durmientes de Éfeso.<sup>25</sup> En un estilo aún más mesiánico, preciados clérigos enfáticos, vease Bernardo de Claraval,<sup>26</sup> habían sabido ser maestros en el arte de excitar la siempre truculenta imaginación de las masas, recurriendo para ello a las descripciones más realistas y minuciosas de la tortura y muerte al Hijo de Dios. El sacrificio por la salvación de la humanidad se hacía encarecer en cuanto horrible dolor, un escenario que se preconizaba "contemplar" y casi "palpar"; mucho mejor si era con ayuda de aquellos mismos útiles de tortura que, curiosamente, ahora se volvían talismanes de salud y dichas. Y que, por desventura, se hallaban en la orgullosa y cismática Constantinopla.

#### *Ultima estimación.*

Parece que los cruzados de 1204 tuvieron cierto tiempo y oportunidades varias para ratificar el enorme caudal que ofrecía la ciudad en esas fechas. Entre el 17 de julio del 1203 y los primeros días del año 1204, caballeros y sacerdotes dedicaron jornadas enteras a visitar templos. Sacristanes e improvisados guías servían como cicerones, las más de las veces ponderando en demasía aquello que mostraban. Sin ser conscientes de que con ello no hacían sino exacerbar la codicia de los rubios y con frecuencia poco cultivados mesnaderos del lejano norte.

La tarde anterior al asalto definitivo, 12 de abril, los obispos católicos pusieron en práctica lo mejor de su habilidad y arsenal retóricos con el fin de enardecer y llevar a su más alocado nivel el odio; ese que es necesario para cegar el corazón de los contendientes que así pueden librarse a la muerte y destrucción "inhumanas". Ellos "*mostrarán a los peregrinos que la batalla era legítima, pues los griegos eran*

---

<sup>23</sup> Los rusos y eslavos en general mantendrán gran rigor y respeto en cuanto al cimiento y significado histórico de Bizancio y Constantinopla; se referirán a ella como la *Tzarigrad*, es decir, "Cesarigrado".

<sup>24</sup> Al inicio de la segunda cruzada Luis VII pudo visitar de la mano de Manuel I los principales santuarios de la que reconocían *Constantinopolis superba divitiis*. Amaury I de Jerusalem, en 1171, tuvo la misma impresión (Ebersolt, *Orient et Occident*, pág. 77).

<sup>25</sup> Aunque escrita unos años después de la cuarta cruzada el de Vorágine refleja historias que debían ser repetidas en los ambientes abadiales y del clero "culto" desde hacía mucho tiempo, tal vez siglos.

<sup>26</sup> San Bernardo, uno de los inspiradores de la segunda cruzada, puede ser reconocido entre los mejores literatos de la mística que se liga metafórica o textualmente a los sentidos con la más extrema y cruda de las vivezas. En su *Meditación sobre la Cruz* se puede leer: "*¿Quién me consolará, Señor Jesucristo, yo que te he visto suspendido en la cruz, con tu cuerpo maltrecho, tu cara pálida?. ¡Mirad, la corona ha herido su rostro, con rara belleza, de mil picaduras; sus inocentes manos están cubiertas de sangre; su flanco ensangrentado por el golpe de la lanza cruel; sus pies inmaculados están atravesados por los dos clavos, Mirad!*"; Ebersolt, *La dispersion des trésors des santuaires*, pág. 111.

*traidores y asesinos...*".<sup>27</sup> Hubo, seguramente, mucha hiel y desprecio en sus palabras; pero también es seguro que no dejarían de señalar una efectiva e inmediata esperanza de alivio y premio: el inmenso rescate de "cosas sagradas"<sup>28</sup> que les aguardaba detrás del impresionante triple muro plantado, invencible desde hacía ochocientos años, hacia la tierra de Tracia.

## **El expolio.**

### *Escenarios y designios.*

Aún considerando que cada rincón de la ciudad era poseedora de un respetable y variado número, podría decirse que las reliquias en Constantinopla se concentraban con cierta preferencia y "especialización" por áreas. Así, en la proximidad del Gran Palacio un puñado de iglesias acaparaban lo más nutrido de la Pasión. La Virgen del Faro, San Jorge de las Manganas y la Nea basiliana reunían elementos tan impresionantes como las consideradas "Santa Lanza", "Santa Esponja", "Corona de Espinas", "Vera Cruz" y hasta un grupo no menor de ciertas y *preciosísimas* "Gotas de la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo".<sup>29</sup> Las del Viejo Testamento tenían digna representación en la palatina capilla de San Miguel, donde se guardaban desde el "hacha de Noé" y el esperanzador "ramo de olivo" hasta el "bastón de Moisés" y la demoleadora "trompeta de Josué". Aquellas relativas a la Virgen María habían encontrado feliz acomodo en la basílica de Nuestra Señora de las Blaquernas, al extremo noroccidental y cerca de la nueva residencia de los soberanos. Un icono "habitualmente" milagroso<sup>30</sup> y el *Omophorion* ("Manto de la Virgen"), guardado en una inmemorial y enigmática Arca Santa, con triple envoltura, se consideraban los mejores activos. Las que tenían relación con discípulos de Cristo y patriarcas eran las máspreciadas entre aquellas del Mausoleo de los Santos Apóstoles; sin por ello no

---

<sup>27</sup> Robert de Clari, *La Conquête de Constantinople*, pág. 155. El otro testigo directo de los acontecimientos nos dice por su parte: "Todo el clero, incluyendo aquellos que tenían un mandato apostólico, estuvieron de acuerdo y señalaron a los barones y a los peregrinos que la batalla era recta y justa"; Villehardouin, *La Conquête de Constantinople*, pág. 2: 22-24

<sup>28</sup> Las reliquias en manos de infieles o "desviados", además de no recibir la "honra" que les era debida, sufrían "contaminación" y ello podía ser una causa de grave disgusto y enfado para Dios; con las consiguientes desgracias, sobre todo en forma de pestilencias, que ello solía acarrear. Era, así pues, ineludible deber dar solución a semejante problema. Son muy reveladores los comentarios de Otto de San Blasien (circa 1209), recogidos por Alfred J. Andrea, en la introducción de la *Hystoria Constantinopolitana* (pág. 15).

<sup>29</sup> Santa Sofía no tenía, en términos relativos, un número tan importante de reliquias como cabría esperar de su privilegiada posición. Los "pañales de Jesús" se situaban bajo el altar y las argollas del pozo de la samaritana en cierta sala próxima a la puerta de salida habitual de los cortejos imperiales. Otros elementos "milagrosos" como la celeberrima *columna húmeda* o el *Cristo Confesor* no podían ser arrancados porque eran parte integrante de la estructura del edificio. En cuanto a los ornamentos extraordinarios, con el carro de plata que se decía perteneció a Constantino y Helena o la ostentosa patena de la princesa Olga, no podemos incluirlos como "venerables" en el significado estricto del término (Sobre las de Santa Sofía trata con amplitud el texto clásico de Swainson y Lethaby, *Relics, Treasure and Lighting of the Church*).

<sup>30</sup> Del "milagro habitual" de Blaquernas, que acaecía con imperturbable fijeza cada viernes, nos habla la princesa Ana Comneno en su *Alexiada* XIII,I,2.

incluir otras insignes, como la inverosímil "Columna de la Flagelación" empotrada en un flanco del iconostasio.

A lo largo y ancho, intramuros y algo también en los alrededores, se desparramaban las "menores". Desde San Juan de Estudios en Psamáta, donde reposaban rodeados de sus queridas imágenes San Teodoro y su tío Platón, hasta Cristo Pantepoptes, el retiro de Ana Dalasena en la cima de la quinta colina. Con las señeras y profusamente provistas –por citar algunas de las más célebres– de Nuestra Señora de la Fuente Vivificante, los Anargiros del Cosmidion, San Jorge de los Cipreses, Santos Sergio y Baco, Santa Eufemia, Santa Anastasia, San Juan del monasterio de Lips, San Pantaleón en el barrio de Narsés, San Mocio del cementerio, Santa María Peribleptos, la Kiriotissa, San Andrés en Krisei, Pródromos de Petra, Pammacaristos y la Chalcoprateia, a techo de la cual estuvo el cinturón de la Virgen desde tiempos de León I. Y tantas otras que llenarían muchas y densas páginas.<sup>31</sup>

### *Desaprensivos, cuotas y tiempo.*

Parece ser que en el caso que nos ocupa, en paralelo a las demás riquezas, los que se llamaban "*milites Christi*"<sup>32</sup> también adoptaron un proceder juramentado de "aunar y después hacer proporcional reparto".<sup>33</sup> Incluso se procedió a elegir un prepósito encargado de la guardia de las reliquias puestas en común; cargo que recayó en Garnier de Trainel, obispo de Troyes.<sup>34</sup> Sin embargo, una vez más, los cruzados tampoco fueron honestos entre camaradas. Muchos no aportaron lo que debían y un "bocado de león" se perdió por el camino. Con frecuencia encontró un rápido destino para honras individuales. Gracias a un cronista anónimo sabemos que el obispo Nivelon de Soissons se hizo cargo de alguna parte notable relativa a la Cruz, que remitió hasta su sede catedralicia en Francia. Eudes de Cicóns obtuvo la mano derecha del Bautista que llevó con él a su nuevo feudo en Karystos, para más tarde terminar donándolo a cierta parroquia de su tierra natal. Otro prelado, Conrado de Halberstad hizo lo propio con restos de apóstoles; como Bartolomé, Simón, Tomás y Pablo. Hasta el custodio Garnier es sospechoso de defraudar; aquél mismo año el tesoro de su iglesia se incrementó de manera espectacular.<sup>35</sup>

---

<sup>31</sup> El estudio más pormenorizado de las reliquias bizantinas y la cuarta cruzada continúa siendo aquel del conde Riant, en el *Exuviae Sacrae Constantinopolitanae*. El trabajo de Silvio Giuseppe Mercati, *Santuari e reliquie Constantinopolitanae*, publicado en el 1936 por la Academia Pontificia, también ofrece un amplio panorama de la cuestión. Sin embargo ambos se resienten un tanto de la escrupulosa y acreditada militancia católica de los autores; el balsámico y dulzón aliento de la hagiografía es abrumador.

<sup>32</sup> "*No todos los cruzados se sentían penitentes, pero, en cambio, sí se consideraban todos milites Christi*"; Flori, *La guerra santa*, pág. 324.

<sup>33</sup> "...el resultado del consejo fue que, si Dios concedía que entrasen en fuerza en la ciudad, todo el botín que allí se hallara sería puesto en común y repartido entre todos como conviniera"; Villehardouin, *La Conquête de Constantinople*, pág. 35.

<sup>34</sup> Ebersolt, *La dispersion des trésors des santuaires*, pág. 122.

<sup>35</sup> Con ese dinero se pudo reconstruir la catedral que había sufrido enormes daños en un incendio acaecido una quincena de años antes. Sobresalía un vaso-relicario de púrpura con tapa coronada en cruz, todo de oro macizo, que habría servido también para las sagradas formas y la comunión.

En cualquier caso, los tres primeros días de saqueo fueron un infierno, en la anarquía total, sin sentido ni medida. En las iglesias la “cosecha” resultó generosa, en calidad y cantidad. Códices litúrgicos, leccionarios y menologios, arquetas, ostensorios, camafeos, encolpios, medallones, monedas, cruces procesionales, cerámica fina, anillos y sellos, placas votivas, brazaletes, trípticos y una infinidad de iconos se incluían en esa mies.<sup>36</sup> Tanto que casi había que elegir a “bote pronto”; se recogían *de visu*, no considerando otra cosa que el aspecto exterior. De entre las principales, la basílica de Santa Sofía se llevó la peor parte.<sup>37</sup> Los gerifaltes no pusieron guardia alguna y la soldadesca irrumpió destrozando y poniendo fuego a todo lo que no se podían llevar. El hecho de que algunas *sofianas* memorables nunca aparecieran es debido, probablemente, a éste lamentable episodio. La cuarta jornada coincidió con la festividad de Jueves Santo y eso otorgaría un ligero respiro. Pero en la gloria de la resurrección hubo terrible vuelta, y ésta vez más organizada, a la recolecta. Ahora la búsqueda no sería a tientas, estaría bien dirigida por los sacerdotes católicos que arrastrarán tras ellos cuadrillas de infantes atentos a sus indicaciones, avisos y órdenes.

No obstante tamañas tribulaciones, sí terminó por haber reparto en función del rango. Balduino de Flandes-Hainault y su séquito se habían hecho cargo del distrito central, los alrededores del Augusteón; de modo que el no muy lúcido flamenco se convirtió en "dueño", a título de la cuarta parte debida al "emperador", del inestimable elenco de iglesias allí incluidas. Representaba la porción más importante de reliquias; y así, pese a generosas donaciones de primer momento las reservas darían para años de regalos y sobre todo venta, que reportarían magros efectivos a los sucesores en la cúspide de aquel *sui generis* imperio católico.

Los venecianos se adueñaron de Santa Sofía y del Pantocrator, entre otros. Venderían poco o nada. Casi todo se lo llevaron con celeridad para ponerlo a cubierto en el destino seguro y previsor de su patria.<sup>38</sup> Algo, realmente poco, lo guardarían en aquel monasterio que convirtieron en fortaleza y palacio de su podestá.<sup>39</sup> Dándolo, sin complejo alguno, haría suyas las habitaciones del patriarca y de allí extraería un buen número de grabados y otras joyas que tuvo benéfico cuidado de remitir a la casa familiar sobre el gran canal y como obsequio a deudos y amigos. Unos años después serán memorables las malas artes y disputas que surgirán entre agentes del Papa y los oficiales vénetos en torno a la cuestión del dominio y disfrute de Santa Sofía. Tal vez el último elemento que éstos lograron afanar sea aquel icono que hoy luce en la capilla

---

<sup>36</sup> No es de extrañar que Inocencio III protestara de tamaña afrenta. Aquello que se robaba lo consideraba desde ya, de su concernencia y cupo; la católica era o debía ser –por “naturaleza”– la nueva titular de tales cosas.

<sup>37</sup> “*No se puede pensar, sin horrorizarse, en la profanación a la que sometieron la gran iglesia de Santa Sofía*”; (Choniates, *O City of Byzantium*, Magoulias, trad. pág. 215).

<sup>38</sup> En cierto modo podría decirse que los venecianos hicieron “especulación” con las reliquias. En principio estimaron más idóneo retenerlas como verdaderas “carteras” cuyo precio no haría más que aumentar con el tiempo. Más tarde llevarían a cabo transacciones muy lucrativas para las arcas de la Serenísima república.

<sup>39</sup> La Pala de Oro, ofrecida a la visita en la catedral de San Marcos, es uno de los más impresionantes testimonios de aquel tiempo, aún cuando parece ser una obra compleja y con añadidos en diferentes épocas. Allí está el pequeño retrato de “*Irene, emperatriz muy piadosa*”, la que fue consorte de Manuel I y real valedora del Pantocrator. Se puede consultar el trabajo de Bettini: *Venezia, la Pala d’Oro e Costantinopoli*.

a la izquierda del altar principal en San Marcos, la llamada “*Virgen Nicopeia*” que procede acaso de la sacristía de la Gran Iglesia.

Algunos señores, a título individual, se hicieron con la propiedad o tutela de centros religiosos. Casi siempre los cederían a parroquias y cenobios de su preferencia, en general de las cercanías a las correspondientes casas solariegas. Por eso, en los meses sucesivos, un verdadero nuevo ejército de clérigos arribaría a Constantinopla para "ocupar" tal inusitado número de edificios. Las diferentes órdenes, en abigarrada y colorista diversidad que sorprendía a los autóctonos,<sup>40</sup> entablarán dura competencia en el desmedido afán de incautación. Acapararon templos y monasterios, expulsando sin miramientos a los atemorizados residentes bizantinos. Después, con empeño y liviandad, irían despojando cada presa de todo su producto hasta dejarlas sin alma ni substancia.<sup>41</sup>

El santuario y monasterio de la Teótocos en Blaquernas quedaría en manos de un cabildo de canónigos exentos de la jurisdicción ordinaria y que dependían directamente del Papa. Los prebostes tendrán largos y ásperos conflictos, en los que se llegará a las manos, con otros latinos –incluidos los hospitalarios y colegas “papales”– por la titularidad de ciertas rentas. A pesar de esas cuitas economicistas, sabemos que los mosaicos se desprendían y amenazaba ruina total cuando el emperador niceo Juan III Vatatzes (1222-1254), consiguió llevar a efecto la compra de la propiedad. Algo se rehabilitó, pero para entonces no sobrevivía ninguno de los recuerdos marianos del agiasma, cuyo origen se remontaba a la más lejana tradición pagana de purificación por las aguas, ninfas y dones.<sup>42</sup>

En resumen, apenas cabe temor a caer en la equivocación si afirmamos que el expolio sacro de Constantinopla, al igual que el "laico", fue algo muy extraordinario, casi portentoso.<sup>43</sup> Tal vez impulsivo y voraz en primera instancia, pero también tan meticuloso como sostenido en la etapa sombría de la latinidad.<sup>44</sup> Que lo iniciaron Dándolo y los orgullosos señores, obispos y nobles, y lo continuará "dignamente"<sup>45</sup> el

---

<sup>40</sup> La idea de orden monástica era tan ajena a los bizantinos como lo es también hoy para los ortodoxos griegos.

<sup>41</sup> Ninguna de las instituciones pudo volver a su antiguo esplendor. La mayoría apenas servían en 1261 para simples oratorios de barrio; lo que 57 años antes habían sido gigantescas sedes donde brillaban todas y cada una de las superficies y el mobiliario. El caso del monasterio de Petra es harto ilustrativo. El libro de Antonio de Novgorod asegura que en aquel año de 1200, cuando el autor vivió en la ciudad, dos centenares de monjes ocupaban las celdas. El historiador Paquimero da testimonio de que en 1283 la institución ya no existía; menciona la triste presencia de una iglesia rodeada de viñedos, en crecimiento silvestre. Hasta 1308 no comienza un nuevo periodo de reconstrucción y prosperidad que los especialistas denominan como “el renacimiento de Petra”; Malamut, *Le monastère Saint-Jean-Prodrome*, pág. 225.

<sup>42</sup> Janin, *Les sanctuaires de Byzance sous la domination latine*, pág. 151-155.

<sup>43</sup> “... un estudiado saqueo en el que la sagacidad de los venecianos hizo maravillas.”; Ducellier, *La agonía de Bizancio*, pág. 202.

<sup>44</sup> “El pillaje de las reliquias de Constantinopla duró cincuenta años. Más de la mitad del montante total de objetos sacados, no obstante, fueron trasladados entre 1204 y 1208”; Pears, *Story of the Fourth Crusade*, pág. 365. “Hasta 1261, objetos de culto, obras de arte y reliquias tomarán el camino de Occidente donde se les encontrará siempre comprador; de suerte que el pillaje brutal de 1204 fue seguido, durante cincuenta y siete años, de un despojo sistemático, producto de un verdadero comercio”; Ducellier, *Apogée at déclin*, pág. 35.

<sup>45</sup> Así se expresaba el muy católico autor veneciano Corner (*Notizie Storiche delle Chiese*, pág. 56).

primer patriarca latino, el "redondo" Tomás Morosini<sup>46</sup> con los frailes dispuestos y desplegados según hábitos y normas. Y darán "airoso" colofón a tan peculiar tarea los últimos gobernadores y patriarcas papales; Marco Gradenigo, que al huir arrampla con lo que puede de las existencias a buen recaudo en su residencia oficial (el maltratado Pantocrator), y Pantaleone Giustiniani, que hace lo propio en lo reservado de sus aposentos purpurados. Ambos huyen el 25 de Julio de 1261 escondiendo los últimos despojos en su bagaje, sin escalas hacia Venecia.

### *Desgracia y perjuicio.*

No hay duda de que los bizantinos intentaron resistir, como buenamente pudieron, aquel pillaje. Por desgracia, los ocupantes no escatimaron medios ni modos para adquirir lo que deseaban. Algunos sacerdotes griegos sufrieron crueles torturas; sus colegas latinos exigían de ellos información fidedigna.<sup>47</sup> Cientos de monjes de ambos sexos fueron asesinados. El patriarca Juan X Camaterios pudo huir con el bravo Teodoro Láscaris pero el poco tiempo que sobrevivió se halló sumido en la depresión y el estupor, bajo el impacto demoledor de las horribles afrentas que había podido vislumbrar.<sup>48</sup>

De hecho, muy pocos fueron los obispos o higumenos griegos vivos que quedaron en la ciudad.<sup>49</sup> Un pequeño grupo fue reunido para recibir "instrucciones" por parte del nuncio Pedro de Capua: deberían aceptar la soberanía del Papa. Juan Mesarites, un docto teólogo, al que le habían sido arrasados casa y libros, recordó a los presentes que *"ya tenían un jefe espiritual y que deseaban permanecerle fieles"*.<sup>50</sup> La ira del

---

<sup>46</sup> Tomás Morosini había sido un joven de vida disoluta cuyo resultado, pese a un origen linajudo y rentista, fue la gesta y abultamiento de cuantiosas deudas. No era aún sacerdote cuando recibió el nombramiento por decisión de su amigo el dogo Dándolo. Desde su flamante cargo pudo muy bien hacer frente a sus acreedores y servir a su mentor (Los francos le acusarán de apropiarse de una fastuosa suma, casi 100.000 marcos, de la caja de Santa Sofía). El Papa aceptó al personaje una vez quedó establecido que le obedecería a él antes que a los venecianos. Le nombró diácono y al día siguiente obispo y en otros tres recibió el palio. El cronista Nicetas le describe *"redondo como una bola y gordo como un cerdo"*; Walter, *La Ruina de Bizancio*, pág. 125.

<sup>47</sup> Una de las anécdotas más conocidas es aquella protagonizada por el abad Martin de Pairis (de cuyas andanzas sabemos gracias al cronista Gunter). En las horas dolientes del saqueo, el atrabiliario personaje se las ingenia para extorsionar a monjes del Pantocrator y conseguir así ciertas reliquias (La crónica está disponible traducida al inglés en el texto de Alfred J. Andrea, *The Capture of Constantinople*).

<sup>48</sup> El patriarca Juan ya había tenido fuertes discusiones con el Papa Inocencio, volcadas en un intercambio de cartas entre 1198 y 1200. La pretensión de supremacía jerárquica del romano volvía de nuevo a ser muy irritante para los bizantinos. En carta le recordaba que la "primacía de Roma" era sólo honorífica y que la supremacía única radicaba, según la tradición y los cánones, en el concilio; que, por otro lado, sólo el emperador tenía la potestad de convocar y presidir. Tal preeminencia, además, le había sido reconocida "accidentalmente" por el hecho de ser Roma la capital del Imperio y no porque supuestamente el apóstol Pedro hubiera sido su primer obispo. Otros concilios habían elevado a Constantinopla por la misma razón amén de que ciertas órdenes imperiales también colocaran a la sede de San Andrés en primer lugar (Papadakis y Talbot, *John X Camaterus Confronts Innocent III: An Unpublished Correspondence*, pág. 29).

<sup>49</sup> Tampoco habitantes comunes; *"...la conquista de Constantinopla en 1204 ha sido seguida de un éxodo masivo de la población griega. Esta pérdida demográfica no fue compensada por una corriente de inmigración latina"*, Jacoby, *Face aux latins*, pág. 182. La principal fuente para estos datos son los escritos de Nicéforo Gregoras; (el artículo de Jacoby, *The urban evolution*, brinda al respecto profusa información).

<sup>50</sup> Walter, *La Ruina de Bizancio*, pág. 129. Juan moriría el 5 de Febrero del 1207 en Nicea. Escapó con su hermano Nicolás, el autor de la valiosa descripción del apostoleion de Constantinopla; que era, a la sazón, el

personaje se desbordó y los ortodoxos apenas pudieron abandonar el recinto con suma tristeza y el miedo reflejado en el rostro. La suerte del clero ordinario no fue mejor. En la práctica y también sobre el papel, no hubo ninguna tolerancia.<sup>51</sup>

En apenas unos meses, toda la vieja estructura y el caudaloso legado material y espiritual de la Iglesia bizantina resultaron destruidos. Nunca volvería a ser próspera; la estrechez y pobreza que muchos advierten es uno de sus mejores adornos en el imperio de los últimos siglos y durante la era post-bizantina que alarga su peligroso itinerario hasta el mundo de ahora mismo, tuvo aquí su causa y principio. El patriarca Juan murió en Junio de 1206, exiliado cerca de Didimótico. No pudo reunirse con los suyos en Nicea, que se estaba constituyendo en el crisol de un nuevo espíritu revisionista de la Historia. Con él desapareció Bizancio, al menos aquel que había gozado de continuidad absoluta e indiscutible a lo largo de novecientos años. Muchos “romanos” sintieron que la “civilización misma acababa de desaparecer”.<sup>52</sup>

### *Error y supervivencia.*

Pese a todo, es seguro que algunas reliquias todavía permanecían en Constantinopla una vez superado el Imperio latino.<sup>53</sup> Reaparecieron, con todas las premisas de autenticidad, justo al amanecer del periodo paleólogo y con visos de haber estado ocultas durante largo tiempo. Santa Teodosia mártir, Santa Teodora la paflagonia, las ánforas de Architeclinos y aquella lápida nicodema con marcas debidas a las derramadas lágrimas de la Virgen<sup>54</sup> serán algunos de los exponentes que viajeros como Ruy de Clavijo o Pero Tafur tendrán ocasión de ver en la ciudad hacia los años 1403 y 1437, respectivamente.<sup>55</sup>

---

encargado del *eskevofilakion* (el departamento donde se guardaban las reliquias), en la iglesia de Nuestra Señora del Faro.

<sup>51</sup> El 7 de diciembre de 1204 Inocencio III otorgaba licitud expresa a la expulsión de cualquier sacerdote o monje griego que no reconociese la autoridad de la Santa Sede. Un especialista católico militante como Raymond Janin aún así reconoce que “*las consignas dadas por el Papa no estarían siempre por delante de los apetitos desencadenados*”, Janin, *Les sanctuaires de Byzance sous la domination latine*, pág. 136. Parece claro que, sometiéndose o no, los ortodoxos resultaron desahuciados.

<sup>52</sup> Ducellier, *Le drame de Byzance*, pág. 141. Constantinopla debía durar tanto como el mundo: “*dotada de una vocación escatológica*”, cuando se viera anegada por la marea destructiva de hombres y elementos, en el apocalipsis de la urbe que diera idea y vida Constantino, primer emperador cristiano y treceavo apóstol; todo habría llegado a su fin. Y siglos antes los visionarios bizantinos ya se lo habían planteado: “*¿Qué signos vendrán?, ¿cómo nuestra ciudad, la Nueva Jerusalem lo sufrirá?, ¿qué les ocurrirá a nuestras iglesias y a nuestras reliquias?*”; (Daniel el estilista citado por Congourdeau, *Jerusalem et Constantinople*, pág.131).

<sup>53</sup> El cronista bizantino Jose Briennios recordará dos siglos después que durante la dominación latina ninguna maravilla ni milagro se dio en Constantinopla y que las reliquias dejaron de tener poder alguno benefactor; (Ducellier, *Le drame de Byzance*, pág. 141).

<sup>54</sup> Ésta llegará a caer en poder del sultán Mehmet quien la ofrecerá en venta al rey de Francia. No se llegó a ningún acuerdo y el destino de la misma es desconocido hasta el día de hoy.

<sup>55</sup> Además de los textos originales de los autores se puede consultar el noticioso artículo de Cirac Estopañán, *Tres Monasterios de Constantinopla*. La mano de Juan el limosnero se conservaba en el de Petra por aquellas fechas aunque lo demás de su anatomía se había distribuido, sobre todo en diversas iglesias de Venecia; Malamut, *Le Monastère Saint-Jean-Prodrome*, pág. 232.

Y apareció la "duplicidad". Aunque no necesariamente debamos pensar en el fraude. En algunos casos, los cruzados habían equivocado el logro. La ignorancia sobre el idioma y el alfabeto griegos –*graeca non leguntur*– fueron causa de muchas y terribles confusiones.<sup>56</sup> Los santos del mismo nombre se permutaban y partes eran tenidas como el todo entero. Ello se pudo sopesar mejor pasado cierto tiempo. Lo que creían era San Pantaleon, recibido en Venecia, resultó ser un batiburrillo de huesos diversos de los que nunca se tuvo seguridad cuales le correspondían de verdad o formaban parte de otro varón, San Ermolao, que los bizantinos habían custodiado en lugar muy próximo. Santas con el nombre de Bárbara había varias, algunas desconocidas de los católicos y lo mismo puede decirse para muchos otros bendecidos.

Para mayor desgracia, algunos traslados fueron tan precipitados como calamitosos. Al arribar, la memoria flaqueaba y surgía, fácil, alguna equívoca inventiva. Lo cierto es que al orden y la meticulosidad griegas que se aplicaba en Bizancio siguió una improvisación y desconcierto mayúsculos. La pérdida de inestimables, ya entonces, fue el forzoso resultado que algunos todavía lamentan. La Caja Triple, el Mandilión, la Cruz de Constantino y cierta mesa tenida por la "Santa Tabla de la Última Cena" nunca más se volvieron a ver, al menos en tamaño digno de ser considerado. Trágicas ausencias que darán origen a imprescriptibles leyendas saturadas de poesía y nostalgia.<sup>57</sup>

## **El destino.**

### *Festejos y siembra.*

Las reliquias substraídas en Constantinopla se recibían en Occidente con una solemnidad sin parangón; entre el júbilo desatado de las masas, portadas sobre hombros aristocráticos en procesión a través de las principales calles hasta las afortunadas catedrales o claustros, entre sonos de trompeta, repique de campanas, estridentes coros de eunucos, sermones apasionados y oraciones místicas que se repetían sin cesar por varones, mujeres y niños, casi en trance. Se compusieron himnos *ab imo pectore* para darles la bienvenida y entre las estrofas solían incluirse crueles

---

<sup>56</sup> Ni siquiera eran capaces de saber con certeza la verdadera dedicación de los establecimientos que saqueaban. El cronista Clari confundirá las dos más importantes: Santa Sofía cree que significa "Santa Trinidad" y los Santos Apóstoles serán para su entender "los siete Apóstoles" (Clari, *La Conquête de Constantinople*, pág. 182). Es fácil imaginar que pudo ocurrir en lugares menos renombrados y con las complejas obras que se referían a varios millares de santos. A veces, hasta tiempos modernos se han perpetuado las confusiones. En el llamado "dedo de San Lucas el evangelista" tenemos un palmario exponente. Conservado en la catedral de Sens responde en realidad al de *San Juan el Joven*, una figura del santoral griego muerto en el 953 y sobre cuya tumba Romano II ordenó levantar el famoso monasterio de Hosios-Lucas en Fócida. La donante, condesa de Etampes Juana de Eu, era viuda del caballero de Brienne, descendiente de los que se autotitulaban "duques de Atenas" pero que, pese a tan alta cuna, es evidente que no supieron leer o transmitir las abundantísimas referencias al verdadero protagonista de maravillas que se honraba en su feudo.

<sup>57</sup> Aquella sobre el crisma que surge del fondo en el centro geográfico del mar de Mármara, allá donde se hundió la nave que transportaba el altar de Santa Sofía, aún se recita y forma parte de la tradición folclórica rumi-ortodoxa.

epítetos para los bizantinos y su imperio.<sup>58</sup> Después, tales *felices traslados* serán rememorados en años sucesivos.<sup>59</sup>

Podría decirse que en los primeros meses, la afluencia de reliquias desde Bizancio a Occidente tuvo un carácter "masivo" y que una ola de entusiasmo y "regocijo clerical" recorrió Occidente. Después, tal vez hasta transcurridos una buena decena de años; el flujo, aunque disminuyó un tanto se mantuvo en alto nivel. Y hasta 1261, cuando la ciudad fue recuperada por los bizantinos, no cesó cierto goteo; con un breve repunte en las jornadas inmediatamente próximas a la huida del emperador latino con los demás caballeros y clérigos católicos.

Algunos autores sospechan que existieron y proliferaron talleres "especializados" en los que se confeccionaban *ad hoc* reliquias, para ser vendidas allá donde se demandaran.<sup>60</sup> Ciertamente es que en el Cuarto Concilio de Letrán (iniciado el 11 de Noviembre de 1215 con la presencia de 404 sinodales y en plena efervescencia del "manantial" bizantino), se consideró necesario dar instrucciones precisas sobre la distinción entre falsos y verdaderos vestigios sacros. Pero quizás no deba sorprender tanta materia; Constantinopla había tenido siglos y espacio para ese impresionante volumen y no es necesaria la hipótesis de una "fabrica" en aquel momento.<sup>61</sup> Aún más, es evidente que los restos humanos y otros objetos se descuartizaron, sin rémoras y con escalpelo muy fino; para que, aunque fuera en fragmentos mínimos, hubiera asunto para casi todos. Y es que la demanda no aflojaba y el precio se abría a la inflación sin que pareciera tener límite alguno.

Como resultado, la difusión fue asombrosa; hasta rincones relativamente humildes se beneficiaron del latrocinio.<sup>62</sup> Con el tiempo alcanzarían a toda la cristiandad y cuando ésta se expandió con el descubrimiento y evangelización de América (la llamada "Cuarta Iglesia"), hasta en regiones tan alejadas como Canadá, Méjico o el Cono Sur será posible rastrear su estela.<sup>63</sup>

---

<sup>58</sup> Así por ejemplo en aquel compuesto para celebrar "el traslado" hasta la catedral de Angers, Constantinopla se denomina como la "*muy impía ciudad*"; Godfrey, 1204, *The Unholy Crusade*, pág. 149.

<sup>59</sup> La tradición ya era común en Occidente pero las que llegaban de Constantinopla, muchas de enorme valor espiritual, en general gozaron de celebraciones que superaban lo ordinario. Incluso en la actualidad esas fechas se rememoran en el calendario litúrgico católico y algunas constituyen festividades importantes del mismo.

<sup>60</sup> Godfrey, 1204, *The Unholy Crusade*, pág. 151.

<sup>61</sup> Lo cual no resta para que se pueda suponer o casi certificar la falsedad de muchas, que a buen seguro debieron prepararse fraudulentamente en diferentes periodos de la historia bizantina. Que esos "fabricantes" llegaron a dominar técnicas sofisticadas lo atestigua la existencia de elementos tan sorprendentes como la Sábana de Turín o el embalsamamiento de notable calidad en algunos casos.

<sup>62</sup> En el sentir de Cyril Mango, aquella de 1204 fue "*la más grande dispersión de capital religioso que la cristiandad haya jamás conocido*"; Mango, *Constantinople, Ville Sainte*, pág. 632.

<sup>63</sup> El desmembramiento y dispersión llegó en muchos casos a rozar lo esperpéntico. Uno de los ejemplos más llamativos que es posible seguir con cierta precisión es el relativo a San Blas, obispo mártir de Sebaste en Armenia. Hacia el año 1200 el cuerpo intacto se hallaba en San Salvador Pantocrator de Constantinopla. Resultado de la cruzada fue la presencia de parte del antebrazo en Brujas (iglesia de Santa María); la cabeza en la Sainte Chapelle y otra extremidad superior hasta el hombro en Notre Dame, ambas en París; Soissons (Notre Dame), un parietal del cráneo y una costilla; Clairvaux el omóplato; la abadía de Corbie el astrágalo y algunos huesos menores sin identificar; por último, el monasterio español de San Juan de las Viñas recogió otra metámera de brazo.

Aunque Venecia, como siempre en todo éste desagradable suceso histórico, se llevó en primer tiempo lo más granado.<sup>64</sup> Después se verían favorecidas, en orden decreciente, ciudades francesas-flamencas, el papado y otras italianas amén de algunas del ámbito alemán y de Inglaterra.

### *La ventaja de Venecia.*

Lo cierto es que rara fue la iglesia veneciana que no se nutrió de aquel botín sacro-anatómico. La hermosa catedral de San Marcos, que tantos plúteos, bronce y bajorelieves bizantinos sumó en su revestimiento interior y fachada por aquel mismo entonces, hubo de ampliar el espacio reservado al tesoro. Por encima de cualquier otra destacaba la sangre del Señor, recogida en un magnífico ostensorio. También fragmentos de la Vera Cruz, un brazo de San Jorge, el occipucio de San Juan Bautista, algunas espinas y una porción de la curiosa Columna de la flagelación. La mayoría de tales efectos fueron remitidos a iniciativa del siempre atento dogo Dándolo.<sup>65</sup> Un pavoroso incendio ocurrido la noche del 7 de Enero, año 1231, y que acabó con casi todo lo que había en el interior de la cámara, por supuesto, respetó hasta la última micra de aquellos objetos tan inconmensurablemente sagrados.<sup>66</sup>

En el opulento monasterio de San Giorgio Maggiore, benedictinos, se acogieron algunos inestimables; como San Esteban protomártir, San Eutiquio el patriarca, Santos Cosme y Damián o San Pablo, mártir iconodulo. También Santa Lucía, aunque tiempo después se le reservará lugar en una iglesia dedicada ex-profeso.<sup>67</sup> La parroquia de San Zanipolo insertará en su altar principal a San Pablo primoeremita. Algún profeta, como San Simeón, acabará su periplo cerca del Rialto. El cuerpo de Santa Helena, madre de Constantino el Grande, no avanzará un paso más allá de la isla que desde aquel día tendrá la custodia y llevará su nombre.<sup>68</sup> San Teodoro de Amasea, el mismo que había sido primer patrono de la ciudad antes del evangelista Marcos, llegaría en 1257

---

<sup>64</sup> Todos los especialistas son coincidentes en esta aserción. Vease, por ejemplo, Godfrey, 1204, *The Unholy Crusade*, pág. 183.

<sup>65</sup> Sobre los objetos del tesoro de San Marcos que es posible poner en relación con Enrico Dándolo: Hellenkemper, *I Trofei del Doge*.

<sup>66</sup> Pese a tanta destrucción (a la que se sumará siglos después, y con pesada impronta, la voluntad recaudadora del neo-emperador francés Napoleón), impresionan todavía las preciosidades que los venecianos de hoy y ayer afirman es la verdadera “gioie” de San Marcos y la República. Perocco, *Venecia e il tesoro di San Marco*, pág. 3.

<sup>67</sup> Situado muy cerca de la estación de ferrocarril, una capilla del templo acoge hoy, en una vitrina de cristal, el cuerpo menudo de aquella Santa Lucía que un día estuvo en las Blaquernas de Constantinopla.

<sup>68</sup> Aunque esta reliquia no goza de demasiada credibilidad resultan más verisímiles sus antecedentes que los de otras “rivales”; como la “Helena” que se conservaba en Roma. Parece fuera de toda duda que Constantino I hizo enterrar a su madre en el *apostoleion* de Constantinopla. No se puede descartar que con el tiempo la mítica augusta obtuviera algún templo de dedicación propia en la capital y que hasta allí se trasladaran sus restos ya convertidos en objeto de particular y sentida veneración. Algo parecido, al menos, ocurrió siglos después con el de la emperatriz Teófano. Constantino I el Grande, *San Constantino*, no salió nunca del mausoleo imperial y todo apunta a que su sarcófago fue violado y destruido el contenido por los cruzados que no acertaron a distinguirlo como “incorruptible” entre tantos otros.

procedente de Mesembria. Un año después será el caso de cierta Santa Bárbara a la que los irregulares *crociferi* darán guarda en su capilla.<sup>69</sup>

San Jerónimo acabó en la riva Schiavoni, la iglesia de San Pantaleon obtuvo su *Reliquia Sancto* y el “objeto” Anastasio pérsico terminará el largísimo periplo en la franciscana basílica de la Viña. El prior Roaldo, de la San Daniel, se haría cargo del cuerpo de San Juan mártir y en 1247 lo depositaría en su abadía. Algunos jirones de San Juan Crisóstomo también se quedarán en la laguna: un brazo en la parroquia que le era afecta y, al amparo de Santa Croce de la Giudeca, el índice y pulgar de la mano derecha “...*incorruptos, en la carne de los cuales aún se perciben con claridad la impresión de la pluma por el continuo ejercicio de escribir...*”.<sup>70</sup>

No obstante la impresionante lista, los venecianos volverían a manifestar pronto y con el estudio y manera más adecuadas su verdadera naturaleza “*combinando realismo con religiosidad en un remarcable grado*”: en una segunda etapa vendieron aquello que consideraron oportuno, incluso varias veces el mismo supuesto contenido.<sup>71</sup>

### *El papado no se abstiene.*

El tesoro de la Santa Sede hace el segundo gran beneficiado italiano.<sup>72</sup> Y lo fue también en medida muy notable. Si hubo reticencias iniciales, el Papa aceptó muy pronto con entusiasmo el drástico cambio.<sup>73</sup> Aunque no tardaría tampoco en comprobar que de aquello no se derivaría una estable mejoría de sus intereses. La ideología “monárquica-petrina” a la que el diligente pontífice estaba dando nuevos bríos, ni siquiera era aún aceptada en otros lugares de su proximidad; allí estaba la terca actitud independiente del clero de Venecia. Y ahora, el foso con la Ortodoxia sería mucho más ancho y profundo; insalvable. Roma derivaría hacia un primado absolutista y Constantinopla se encerraría en sí misma y en una hermandad autocéfala dentro de la más pura tradición patristica.

Pero aún así no era cuestión de renunciar a las ganancias.<sup>74</sup> Inocencio III, a sabiendas de que rompía con toda tradición y que incumplía los cánones, se animó a

---

<sup>69</sup> Sobre las reliquias en iglesias venecianas: Corner, *Notizie Storiche delle Chiese e Monasteri di Venezia*.

<sup>70</sup> Corner, *Notizie Storiche delle Chiese e Monasteri di Venezia*, pág. 538.

<sup>71</sup> Nicol, *Byzantium and Venice*, pág. 186.

<sup>72</sup> Así se deduce del inventario fechado en 1295 (Frolow, *Les reliquaires*, pág. 106). En cualquier caso, sólo haciendo acopio mental de lo que se exhibe en el Museo Sacro del Vaticano, el montante arroja un balance formidable.

<sup>73</sup> Runciman, *La Cruzada contra los cristianos*, pág. 127.

<sup>74</sup> Fue muy notable el celo de Inocencio III en cuanto a lo que le correspondía o debería llegar del botín en Constantinopla. En una carta fechada el 4 de Noviembre de 1204, el Santo Padre reclama a los genoveses un cargamento que Balduino I le había enviado y que dos corsarios de esa ciudad enemiga de Venecia habían capturado cerca de Modon. Con detalle enumera las piedras preciosas y demás: “*rubies, topacios, esmeraldas, cinco samitas, un paño de altar, un anillo, iconos con revestimiento de oro y plata, dos cruces de oro, un vaso de cristal, copas y cofres, una frasco de plata...*” En documento poco más tardío, principios de 1205, demanda al soberano de Hungría otro similar que, por alguna razón, había quedado retenido en aquel reino; allí se citan telas muy ricas... “*samitas rojos y verdes, tejidos de oro, una cruz de oro, cofres de marfil, dos evangelios con*

ratificar al peculiar patriarca "dandolesco" de Constantinopla.<sup>75</sup> Hasta el final de sus días estuvo convencido de que aquel evento, pese a tanta y lamentada sangre y dolor, era el imparable parto de una unión orgánica que, con el debido tiempo, no haría más que asentarse.<sup>76</sup> Las insignes iglesias constantinopolitanas de Blaquernas, Manganas y Chalcoprateia –por destacar algunas entre un amplio grupo– pasaron a su tenencia.

Y los legados acabaron participando con inmejorable celo en la rapiña. En 1208 el cardenal Pedro de Capua (principal factótum papal en el episodio), retornó a su nativa Amalfi insultantemente rico en oro y llevando con él un nada despreciable arsenal de reliquias; lo más destacado eran ciertas osamentas de San Andrés. El insigne patriarca Gregorio de Nazianzo, cuyos restos en tanta estima había tenido Constantino Porfirogéneta, encontrará nuevo acomodo en Santa María in Campo Marzio.<sup>77</sup>

San Lucas, el evangelista que nueve siglos había reposado bajo el altar principal del Apostoleion en Constantinopla terminaría en Padua, en la iglesia de Santa Justina. Lo más de la Santa Lanza acabaría en el interior del pilar de la cúpula vaticana donde una enorme estatua del centurión Longinos se yergue. Una holgada saca de tela omophoriana todavía es preciada joya en el *Sancta Sanctorum* del Vaticano. Un bellísimo icono bizantino de la Santa Faz quedará, hasta el día de hoy, bajo la exclusiva mirada de los pontífices en la intimidad de sus aposentos privados.<sup>78</sup> Y, para el resto de los mortales, en 1229 San Doménico aportaría al convento de Nuestra Señora del Rosario –en el barrio romano Della Vittoria– la impresionante *Madonna* que dicen es obra de San Lucas, aunque los especialistas aseguran pertenece al primer periodo del arte bizantino.

### *La dispersión en Francia.*

Ninguna de las comarcas de Francia quedó al margen de acoger despojos sacros de Bizancio.<sup>79</sup> Por supuesto, París estuvo en el primer turno. De ocasión excepcional catalogaron los coetáneos la llegada en 1205 de un espécimen importante de la Vera Cruz depositada en la palatina de San Denis, al parecer detalle de Balduino de Flandes al rey Felipe Augusto, procedente de la bizantina Virgen del Faro. El valor que se quiso dar a ésta sobrepasó con mucho a otra anterior apenas hallada unos años antes

---

*cubiertas de plata, veinticinco anillos, uno de los cuales destacaba provisto de un gran jacinto...*”, Ebersolt, *Les arts sumptuaires de Byzance*, pág. 104.

<sup>75</sup> Tomás Morosini fue consagrado el 13 de Mayo de 1205 en la basílica de San Pedro de Roma, algo en verdad imposible de asumir para hombre o mujer alguna de Bizancio.

<sup>76</sup> Godfrey, 1204, *The Unholy Crusade*, pág. 148.

<sup>77</sup> En 1580 se llevarían al vaticano.

<sup>78</sup> Algunas obras notables quedaron como propiedad privada de los papas que rigieron a lo largo de esas cinco décadas. Muchas pasarían a engrosar la fortuna heredable. Así, la llamada “estauroteca Fieschi-Morgan”, un ejemplar hermosísimo conformado por una caja portátil de tres compartimentos que alojaban vestigios de casi treinta santos y que perteneció al Papa Inocencio IV (Sinibaldo Fieschi, 1243-54), fue después joya de su familia durante generaciones y con el tiempo acabaría en manos del magnate J. Pierpont Morgan; (34. “The Fieschi Morgan Staurotheke”, *The Glory of Byzantium*, pág. 74).

<sup>79</sup> Ebersolt, *L'empire latin*, pág.82

por el mismo rey francés en San Juan de Acre.<sup>80</sup> Los monjes recogerán con sus manos temblorosas el leño, los pies descalzos y cubiertos de un sayal blanco reluciente.

Unos decenios más tarde, entre 1230 y 1250, la afluencia de objetos será inaudita. El rey Luis IX,<sup>81</sup> es el responsable. A emulación de los basileos quiso guardarlos muy cerca de su morada. Y ordenó erigir en el recinto de palacio la gótica y hermosa Sainte Chapelle.<sup>82</sup> Conseguiría reunir, a base de un colosal dispendio, crecidas muestras de casi todos los ilustres "pasionales": en agosto de 1239 llegó la sin par Corona de Espinas<sup>83</sup> y hacia septiembre de 1241 una remesa que incluía dos troncos en "*volumen considerable de la vivificante madera*" (quizás el llamado *vexillum crucis*),<sup>84</sup> la Santa Sangre destilada por la imagen de Berito, los pañales del niño Jesús, un vestido de la Virgen y las cabezas de los santos Clemente, Blas y Simeón.<sup>85</sup>

La región del Loire estuvo entre las más afortunadas en la Francia provinciana; sobresaliendo el centro de Clairvaux, en particular su abadía cisterciense. El monje Artaud se encargó del transporte y Luis, conde de Blois, fue su procurador. Había sido portador del estandarte imperial de su amigo flamenco.<sup>86</sup> Por referencia de algunos inventarios elaborados hacia 1405 tenemos constancia de la presencia allí de la que debió ser una obra excepcional, un tríptico que incluía el busto de Constantino el Grande y que seguramente provenía del Palacio Sagrado.<sup>87</sup> Hacia 1210 el abad Hugh de San Ghislain acarrea al mismo lugar lo que se tenía por "una pestaña" del Bautista. Hasta Chartres llegarán las cabezas de Santa Ana, la madre de la Virgen, y del evangelista Mateo. En la abadía de San Vincent, don del caballero Gervais, aquella de San Cristóforo, el santo militar que los bizantinos celebraban el 9 de mayo. Chalons sur Marne obtendrá el metacarpo de San Nicolás, el que fue obispo de Mira y ahora se

---

<sup>80</sup> Felipe Augusto ordenó incluirla en una cruz-envoltorio de oro cuyo valor se estimó en 25.000 libras parisinas, una cifra que superaba lo extraordinario (Frolow, *Les reliquaires*, pág. 147).

<sup>81</sup> Luis IX será elevado a los altares apenas 20 años después de su muerte, a instancias del Papa Bonifacio VIII, quien fijó en bula la fecha de su festividad: el 25 de Agosto. El tronco y las extremidades permanecerán en el mausoleo real de San Denis, pero la cabeza del que ya sería para siempre otro *San Luis de Francia* también "enriquecerá" el impresionante tesoro de reliquias que el personaje había querido y costado reunir en vida terrenal (Leniaud y Perrot, *La Sainte Chapelle*, pág. 54).

<sup>82</sup> La Sainte Chapelle servirá como "foco distribuidor" de reliquias durante varios siglos. Desde allí se harían donaciones, en general de minúsculas cuotas dentro de paneles adornados con la flor de Lis, hacia otras iglesias y monasterios de toda la Europa cristiana. En 1248 el mismo rey donará al arzobispo de Toledo una Espina, un retazo del Santo Sudario y unos tacos de la Vera Cruz.

<sup>83</sup> El camino a veces era complejo. Es reveladora la historia de esa adquisición. Un año antes, el banquero veneciano se había hecho cargo de ella: representaba la garantía de un préstamo que había concedido a Balduino II de Courtenay. El monarca franco hubo de desembolsar una cifra enorme. Un bienio después se inauguraba la capilla en Palacio.

<sup>84</sup> Probablemente de todos los relicarios de la Vera Cruz aquel de la Sainte Chapelle fue el mayor, con casi un metro de altura. Por desgracia no ha llegado hasta nosotros; sólo los grabados llevados a cabo por Morand en 1790 nos dan pálido testimonio de lo que debió ser.

<sup>85</sup> Leniaud y Perrot, *La Sainte Chapelle*, pág.s: 52-54.

<sup>86</sup> Cuando Balduino y el grueso del ejército cruzado partió a la conquista de Adrianópolis, Luis de Blois y Chartres restaría en Constantinopla debido a que padecía una fiebre cuartana. No le faltaron ocasiones de aumentar su dote privada.

<sup>87</sup> Se trata de la conocida como "oratorio de San Constantino", enviada por Enrique de Flandes hacia el año 1225.

identifica con la ciudad de Bari. El mismo cronista Robert de Clari, en 1213, hará donación a Corbie de un dedo del bautista inserto en rica montura de plata.

Un poco más al norte, Langres obtuvo un surtido de San Mamés.<sup>88</sup> El monasterio de Mont-Saint-Quentin en Picardie una de las abundantes estaurotecas con virtutas de la Cruz. Al sur, el establecimiento de Cîteaux, en Côte d'Or, se hizo con la posesión de otro preciado brazo de San Juan Bautista, protegido con un excepcional trabajo en plata sobredorada que, según la inscripción, había sido un encargo oferente del emperador Constantino VII Porfirogéneta. Una muela del mismo santo llegaría hasta Lyon, a la capilla de Saint-Chaumont. Cierta hueso de la muñeca aparecerá en Châteaudun (Eure et Loire); en este caso la exquisita dedicatoria estaba a cargo de la historiadora y princesa Ana, de la familia Comneno.

Soissons fue otra singular beneficiada.<sup>89</sup> El aguerrido obispo Nivelon de Chérisy puso especial interés en enriquecer su catedral. En 1205 envió una notable remesa; que incluía la cabeza de San Esteban, el dedo que Santo Tomás había insertado en el costado de Jesús, una blusa y parte del cinturón de la Virgen, una larga porción de la túnica que Cristo llevaba en la Última Cena, un brazo del Bautista y una espina; también hermoso y áureo vaso con gotas de la sangre del Señor. Una segunda remesa incluiría el impresionante repertorio de las calotas pertenecientes al mismo San Juan, Santo Tomás, Santiago y Tadeo. Sabedor de lo que supondría no tuvo inconveniente en *"hipotecar por adelantado las sumas que proporcionaría la afluencia de los peregrinos que irían a adorar las reliquias traídas por él a su diócesis"*.<sup>90</sup>

Amiens recibió en 1206 el hemicraneo anterior de San Juan Bautista, inserto en un relicario deslumbrante del que se han conservado sólo algunas descripciones y dibujos: con una estampa casi tétrica se hace ostentación de pedrería sin medida.<sup>91</sup> Ese mismo año los monjes de Maresmoutier, en el Somme, se hacían cargo de la (una más de las consignadas), cabeza de San Jorge. El cuerpo del tenaz patriarca iconófilo Germán I se hizo llegar hasta la villa de Bort en Corrèze. Condes, marqueses y barones del reino también acrecentarán sus colecciones particulares... En fin, sería arduo completar las noticias de semejante provisión.

---

<sup>88</sup> Un relato de cierto canónigo de Langres, que se fecha hacia 1209, recoge hasta tres viajes sucesivos con reliquias de San Mamas. El último de ellos se acompañaba con un certificado emitido en Constantinopla. La mayoría de tales documentos se escribían en caracteres griegos y ello era ya prueba a favor de la autenticidad. Los ortodoxos debían, por ende, redactarlos a demanda impositiva de los nuevos dueños de la ciudad.

<sup>89</sup> También otro "Anónimo de Soissons" fue compuesto hacia 1205; pleno de laudatoria reseña sobre Nivelon, los extraordinarios presentes y la impresionante bienvenida a cargo de sus pupilos y congregantes.

<sup>90</sup> Walter, *La Ruina de Bizancio*, pág. 120.

<sup>91</sup> Sabemos que el portador fue Walon de Sarton, canónigo de Picquigny, que la había tomado de la iglesia de San Jorge de las Manganas. Tal vez ésta era la que Basilio II pudo venerar en sus aposentos poco antes de morir (Ebersolt, *La dispersion des Trésors des Sanctuaires*, pág. 136). Durante la revolución francesa en el año 1793 sólo se pudo salvar, gracias al alcalde Lescouré, el cristal de roca y la propia facies esquelétizada del santo.

### *Los alemanes también.*

Entre las ciudades alemanas, sobresale con diferencia la jurisdicción de Halberstadt.<sup>92</sup> Hasta allí, Conrado en persona transportaría los trofeos.<sup>93</sup> Parece que tenía predilección por la sangre de Jesús de la que aportó un número inusitado de recipientes; procediendo el líquido vital –auténtico “destilado milagroso”– desde muy diversos orígenes: rezumando de la cruz, lápidas del sepulcro, espinas, esponja, vestido púrpura, lanza y algunas más difíciles de precisar. Otra de sus memorables fue la cabeza de Santiago, el llamado hermano de Cristo. Y a todo esto habría que añadir un cortejo largo de porciones y enteros atribuidos a mártires, confesores y vírgenes que se distribuirían por templos en la villa y cercanías.<sup>94</sup>

Conrado no estuvo sólo entre los germanos. Tal vez algunas de las joyas ahora guardadas en la catedral de Limbourg del Lahn deriven de la hábil rapacidad del caballero cruzado Enrique de Ulmen. El mismo que en 1207 donó a la iglesia de San Matías de Trèves una estauroteca. Y gracias a la inscripción que se conserva en ella, sabemos que un retal del fabuloso omophorion, desde Blaquernas, le había acompañado.<sup>95</sup> También algún segmento del cinturón de la Chalcoprateia y cabellos pertenecientes al Pródromo...<sup>96</sup> Otro noble que había despuntado en la orgía de fuego de 1204, Berthold de Katzenelnbogen, parece haber sido el proveedor de su hermano, el obispo de Münster Hermann II, quien reveló sostener una incondicional apetencia por las relativas a San Pablo, a la sazón patrón celestial de la villa. Acierto éste, el contribuir con las del mismísimo titular, que se tuvo siempre como el máximo oropel al que se podía aspirar, entre los cruzados donadores.

Los afanes de otros cruzados alemanes y valones hay constancia que dieron granados frutos; llegando hasta hoy sus trazas en lugares como Vicence (tabula de la iglesia de la Santa Corona), Brujas (brazo de San Antonio al cargo del caudillo Gauthier Blankaert, que sabemos llevó el botín a su Nuestra Señora en el año 1214), o Colonia (astillas de la vera cruz), ciertas de orden privado y otras privilegiadas de la cuenca del Rin.<sup>97</sup>

---

<sup>92</sup> El llamado “Anónimo de Halberstadt” (*Peregrinatio in Greciam et adventus reliquiarum de Grecia*) es una inapreciable fuente para la cruzada en general y las reliquias en particular. Utilizada en profundidad por el conde Riant en su *Exuviae Sacrae Constantinopolitane*.

<sup>93</sup> Conrado de Krosigk, obispo de Halberstadt (1201-1208), desempeñó un papel muy destacado en la Cuarta Cruzada, desde sus inicios hasta el final. Es seguro que tuvo acceso a los aposentos del Viejo Palacio –al que los latinos llamaban genéricamente *el Bucoleon*– y gracias a ello en 1208 podría hacer hueco en su sacristía germana para ciertas vestimentas púrpuras (*imperiales purpuras*) que lucirá en los mejores días con indisimulado orgullo.

<sup>94</sup> Una exquisita patena de plata conservada en Domschatz procede de la iglesia de los Santos Apóstoles de Constantinopla y llegó en el lote del obispo Conrado. Parece ser que durante algún tiempo sirvió como base para el relicario de la cabeza de San Esteban protomartir (Paten, *The Glory of Byzantium*, pág. 68-69).

<sup>95</sup> El *omophorion* y el cinturón seguramente sufrieron un despiece extremo y por ello nunca se volverían a considerar como entes únicos y magníficos.

<sup>96</sup> Tenemos noticia del destino de algunos fragmentos del cinturón de la Virgen que llegaron hasta Chartres, Limbourg y Venecia (Ebersolt, *la dispersion des trésors des sanctuaires*, pág. 134).

<sup>97</sup> Uno de los artículos del conde Riant versaba sobre algunas de tales “aportaciones” de caballeros alemanes; Riant, *Trois inscriptions relatives à des reliques rapportées de Constantinople par des croisés allemands*.

### *Reproches y murmuraciones.*

Es manifiesto que los cruzados en ningún caso demostraron un mínimo sentido crítico respecto a las reliquias que recogían, en la misma onda que los bizantinos. Es posible que algunas se vieran privadas de envoltorios demasiado aderezados, pero para ser de nuevo cubiertas con otros muy dignos. Tampoco parece que sintieran reparo alguno o consideraran que se llevaba a efecto un “sacrilegio”. De hecho, de las latinas, sólo la crónica de Gunter de Pairís describe como tal el hurto directo por los caballeros y aún así parece regocijarse en ello.

El Papa envió una carta de amonestación por los “excesos” pero, como ya hemos comentado, de inmediato pudo expresar su satisfacción y enviar felicitaciones; veía en ésta el veredicto de Dios respecto al cisma<sup>98</sup> y un justo castigo a la “*insólita tolerancia con los musulmanes*” junto a la persistente y alevosa “*falta de colaboración para la reconquista de la Tierra Santa*”.<sup>99</sup>

Cierto es que hubo algunas protestas, más firmes y ponderadas, pero surgieron apenas de entre figuras aisladas y menores o bien en medios considerados herejes y que sufrían persecución por ello. El cluniacense Guy de Provins escribió una sátira en la que ponía de manifiesto la incongruencia de atacar a Bizancio por mor de la supremacía del Papa. El trovador lego Guillaume de Toulouse resultaba más pragmático cuando remitía a la avaricia como el verdadero motivo de la cruzada: “*¿porqué Roma da tregua a los musulmanes y hace la guerra a los cristianos?*”.<sup>100</sup>

Pero poco más que señalar. Sólo a la caída del Imperio latino se dispararían las lamentaciones; algunos priores y cardenales creían obligación aportar recursos para “restituir los derechos” del fugitivo Balduino II y los suyos. Y el Santo Padre, en Roma protestó con indignado énfasis contra aquella “usurpación”. Ni una palabra sobre el origen de tales haciendas y canonjías.<sup>101</sup>

## **Los rescoldos.**

A pesar de tanto dolor, inquina y oprobio, si consideramos todo el arsenal de las dos Iglesias y lo reservado en museos y otras instituciones, no son pocas las reliquias

---

<sup>98</sup> “*La opinión de la Santa Sede es que los cruzados pueden conservar y defender el país conquistado por el juicio de Dios*”, sentencia original de Inocencio III; Walter, *La Ruina de Bizancio*, pág. 125. A fin de cuentas, aquella no sería la primera ni la última de las cruzadas contra “herejes y cismáticos”.

<sup>99</sup> Pears, *Story of the Fourth Crusade*, pág. 408.

<sup>100</sup> Godfrey, *1204, The Unholy Crusade*, pág. 149.

<sup>101</sup> El Papa del momento, Urbano IV, recibió con todos los honores a Balduino II y en una carta enviada a Luis IX se atrevía a decir: “*La terrible noticia de la caída de Constantinopla nos ha caído encima como un rayo... En medio de nuestro agitado pensamiento y el dolor de nuestro corazón, dirigimos nuestras miradas hacia ti... El rostro de la Iglesia está lleno de confusión y de vergüenza con nuestro bienamado hijo en Jesucristo desposeído de su poder imperial desde la siniestra catástrofe de Bizancio. Apenas podemos retener nuestras lágrimas pensando en el infortunio de nuestro fiel emperador derribado del trono por los cismáticos griegos, eterna vergüenza de los latinos*” (Recogido en Walter, *La Ruina de Bizancio*, pág. 141).

constantinopolitanas de uno u otro tipo que han sobrevivido hasta hoy.<sup>102</sup> De muchas hay perfecto conocimiento, otras duermen en armarios y tesoros sin que se tenga adecuada vigilancia ni catálogo.

En Venecia no reciben tanta atención ahora como las obras pictóricas; pero los sacerdotes y beatos feligreses se preocupan de ellas conforme a sus posibilidades y con el esmero que siempre les ha caracterizado en estos menesteres.<sup>103</sup> La suerte de aquellas distribuidas en tierras francesas fue, en general, mucho peor. Las revoluciones del siglo XVII y XVIII, casi todas con fuerte componente anticlerical, ocasionaron graves daños al patrimonio histórico-artístico. La destrucción de relicarios o su desaparición fue un doloroso canon y nos trae a la memoria aquella furia de la que habían hecho gala los iconoclastas bizantinos; quienes parecen aquí haber encontrado una diferida venganza.<sup>104</sup> De tarde en tarde se recupera alguna, a veces en los lugares más insospechados.<sup>105</sup>

Muy pocas, excepcionales, han sido devueltas a los herederos de la ortodoxia bizantina. El ejemplo más señalado radica en la viajera cabeza de San Andrés, que el pontífice Pablo VI entregó, señal de buena voluntad, a la congregación de Grecia; para la cual acondicionaron la catedral de Patras, al norte del Peloponeso, donde según la tradición había sido ajusticiado el apóstol.

En cuanto a la “guardada de Dios”, Constantinopla, incluso como denominación topográfica hace tiempo que ha desaparecido. El turista que se desplaza hoy hasta el Viejo Estambul, distrito histórico de la megalópolis que es su heredera, difícilmente puede incluir en su casi siempre apretado programa la visita a templos que guarden en su interior explícitas reliquias cristianas. Apenas en el Patriarcado del Fener se muestran algunas de cierto relieve. Los cuerpos incorruptos de las santas Eufemia, Salomé y Teófano junto a un ennegrecido y enigmático cilindro marmóreo que se

---

<sup>102</sup> A veces se trata del relicario sin contenido y en otras ocasiones de la reliquia provista de un nuevo contenedor. Jean Ebersolt, entre otros, se preocupó de buscar referencias sobre muchas desaparecidas pero de las que hay constancia escrita de su paso a Occidente. La búsqueda se vuelve apasionante cuando permite desentrañar el inmenso caudal de arte y cultura que Bizancio fue capaz de engendrar y transmitir después a este y oeste; “*Se podrá así reconstituír, en cierta medida, los tesoros que brillaban antes a la sombra de los santuarios bizantinos y buscar después si estas obras de arte dispersas han ejercido una influencia sobre el arte de los países donde ellas han sido recogidas.*”; Ebersolt, *la dispersion des trésors des sanctuaires*, pág. 114

<sup>103</sup> Una guía minuciosa y moderna en la que no falta información sobre reliquias y otras joyas bizantinas es la titulada *Venecia, Itinerari spirituali*, de Francesca de Vito y en la que cobran especial interés los capítulos a cargo de Polykarpos Stavropoulos *Venetia Quasi Alterum Byzantium* (pág.s: 230-245); y sobre todo el de monseñor Antonio Niero *Il santi e le reliquie* (pág.s: 164-215).

<sup>104</sup> La cabeza de San Luis y el impresionante relicario de oro también fueron destruidos. La Catedral de Notre Dame se precia de haber “heredado” ciertas de la Sainte Chapelle, entre ellas la “carísima” Corona de Espinas; pero ello es más que dudoso que sea cierto. La hermosa placa que cubría la piedra del sepulcro se conserva ahora en el museo del Louvre, departamento de piezas de arte.

<sup>105</sup> En 1890 se encontró casualmente en una salina cierto objeto curioso: una lámina de plata que fijaba un hueso occipital. La inscripción en griego permitió saber que se trataba de una reliquia perteneciente a San Akindino. La testa de este santo, envuelta en plata, antaño estuvo en la iglesia extramuros de los Santos Cosme y Damian, al fondo del Cuerno de Oro (en el mismo espacio donde ahora se levanta el famoso santuario del mártir musulmán Eyub). Probablemente hasta un siglo antes había sido prenda inestimable de la abadía de Rosières en Arbois. Destino cruel, en el invierno de 1990-91 ha vuelto a desaparecer, en lo que parece un hurto a cargo de profesionales en el mundo de las antigüedades.

afirma pertenece al pilar donde Jesús sufrió el castigo de los azotes; suma todo lo que podemos admirar en la nave septentrional de la nostálgica iglesia de San Jorge.<sup>106</sup> Al margen de su estima histórica y religiosa, ciertamente no es abundante el venerable catálogo.

*Francisco Aguado Blázquez*

---

<sup>106</sup> Santa Eufemia de Calcedonia, cuya leyenda la pone en máxima relevancia durante el trascendental concilio del año 451, está acompañada de Salomé, la madre de los macabeos, y también por aquella Teófano, primera esposa de León VI, que murió repudiada por el emperador sabio pero gozando de la mayor estima del clero, que a través de los siglos ha tenido extremo cuidado en honrar su memoria y materia carnal. Para el tesoro que se guarda en Estambul se puede consultar el apartado *Relics of the Patriarcal Treasury*, pág.s. 110-125, en Paliouras, *The Oecumenical Patriarcate*. En el Palacio de Topkapi se hace exponer un “brazo del bautista”, pero parece un trabajo renacentista y es dudoso que se trate de un original bizantino.

## **Bibliografía.**

BETTINI, Sergio: “Venezia, la Pala d’Oro e Costantinopoli”, en *Il Tesoro di San Marco*, VVAA. Renata Cambiaghi (ed.), pags: 43-72. Milano: Olivetti, 1986 (Sin ISBN).

BREHIER, Louis: *La Civilisation byzantine* (Col. L’évolution de l’humanité, n° 21). 2ª ed. Paris: Albin Michel, 1970

CANETTI, Luigi: *Frammenti di eternità. Corpi e reliquie tra Antichità e Medioevo* (Col. Sacro/santo, n° 6). Roma: Viella, 2002 (ISBN 88-8334-071-X)

CIRAC ESTOPAÑAN, Sebastian: “Tres Monasterios de Constantinopla visitados por españoles en el año 1403” en *Revue des Études Byzantines. XIX. Melanges Raymond Janin*. Con el concurso del Centro Nacional de la Recherche scientifique Institut Français d’Études Byzantines. Paris, 1961, pags. 358-381.

CHONIATES, Nicetas: *O City of Byzantium, Annals of Niketas Choniates* (*Byzantine texts in translation*). Trad. Harry J. Magoulias. Wayne State University Press, 1984 (ISBN: 0-81-43176-42).

CLARI, Robert de: *La Conquête de Constantinople (De ceux qui conquièrent Constantinople)* (Trad. de Pierre Cherlot). Paris: De Boccard, 1939.

CONGOURDEAU, Marie-Hélène: “Jérusalem et Constantinople dans la littérature apocalyptique”, en *Le Sacré et son inscription dans l’espace à Byzance et en Occident, Études comparées*; (Col. Byzantina Sorbonensia, n° 18), Paris: Publications de la Sorbonne, 2001 (ISBN: 2-85944-421-1). Pags: 125-136.

CORNER, Flaminio: *Notizie Storiche delle Chiese e Monasteri di Venezia e di Torcello*; (Introd. De Ugo Stefanutti) (Col. Collana di Bibliografia e Storia Veneziana, n° 18). Venezia: Arnaldo Forni, 1990.

DAGRON, Gilbert: *Naissance d’une Capitale. Constantinople et ses institutions de 330 a 451* (Col. Études, 7). Paris: Presses Universitaires de France, 1974 (ISBN: 2-13-038902-3).

DE VITO, Francesca: *Venecia, Itinerari spirituali, Guida alla scoperta dei luoghi sacri*. Milano: San Paolo, 2002 (ISBN: 88-215-4563-6)

DIDIER, Paul Edouard; (Conde Riant): *Exuviae Sacrae Constantinopolitanae*, 2 vols. Genève, 1877-1878.

DIDIER, Paul Edouard; (Conde Riant): “Trois inscriptions relatives à des reliques rapportées de Constantinople par des croisés allemands”, *Extrait des Mémoires de la Société nationale des Antiquaires de France*, XI. Paris, 1880.

DUCELLIER, Alain: *Le drame de Byzance. Idéal et échec d’une société chrétienne* (Col Hachette littératures, 25), Re-ed. Paris: Hachette, 1997 (ISBN: 2-01-278848-3).

DUCELLIER, Alain: “Apogée et déclin d’une capitale”; en *Constantinople 1054-1261; Tête de la Chrétienté, proie des Latins, capitale grecque* (Col. Mémoires, n° 40); pags: 18-55 (dir. Alain Ducellier y Michel Balard) (Col. Mémoires n° 40). Paris: Autrement, 1996 (ISBN: 2-86260-575-1).

DUCELLIER, Alain: “La agonía de Bizancio (1080-1261)”; en *Historia de Bizancio*, E. Patlagean, A. Ducellier, C. Asdracha y R. Mantran (trad. De Rafael Santamaría y Manuel Sánchez), Barcelona: Crítica, 2001 (ISBN: 84-8432-167-3).

DURAND, Jannic: “L’orfèvrerie IXe-XIIe siècle”, en *Byzance, l’art byzantin dans les collections publiques françaises*. VV.AA (Jannic Durand, comm.). Paris: Éditions de la Réunion des musées nationaux, 1992 (ISBN: 2-7118-2606-6)

EBERSOLT, Jean: *Les arts Sumptuaires de Byzance, étude sur l’art imperial de Constantinople*. Paris: Ernest Leroux, 1923.

EBERSOLT, Jean: “La dispersion des trésors des santuaires”; en *Constantinople. Recueil d’Études, d’Archéologie et d’Histoire*. Pref. André Grabar. Pags: 105-152. Paris: Adrien-Maisonneuve, 1951.

EBERSOLT, Jean: *Orient et Occident, Recherches sur les influences byzantines et orientales en France avant et pendant les croisades*, 2<sup>a</sup> ed. Paris: De Boccard, 1954.

EVANS, Helen C. y WIXOM, William D (eds): *The Glory of Byzantium, Art and Culture of the Middle Byzantine Era, A.D. 843-1261*. New York: The Metropolitan Museum of Art, 1997 (ISBN: 0-87099-777-7).

FLORI, Jean: *La Guerra Santa, la formación de la idea de cruzada en el Occidente cristiano* (trad. Rafael Peinado Santaella), Madrid y Granada: Trotta y Universidad de Granada, 2003 (ISBN: 84-8164-634-2).

FROLOW, Anatole: *Les reliquaires de la Vraie Croix* (Col. Archives de l’Orient Chrétien, n° 8). Paris: Institut Français d’Études Byzantines, 1965.

GEARY Patrick J.: *Furta Sacra, Thefts of Relics in the Central Middle Ages*. Princeton, New Jersey: Princeton University Press, 1990 (ISBN 0-691-00862-0) (Edición revisada de aquella del año 1978).

GODFREY John: *1204. The Unholy Crusade*. Oxford: Oxford University Press, 1980 (A considerar sobre todo los capítulos 9, 11,12 y 13) (ISBN: 0-19-215834-1)

GUNTHER Von PAIRIS: *The Capture of Constantinople: The Historia Constantinopolitana of Gunther of Pairis*; Alfred J. Andrea, ed. y trad. Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 1997 (ISBN; 0-8122-3356-5).

HELLENKEMPER, Hansgerd: “I Trofei del Doge”, en *Il Tesoro di San Marco*, VV.AA. Renata Cambiaghi (ed.), Milano: Olivetti, 1986 (Sin ISBN).

JACOBY, David: “Face aux Latins” en *Constantinople 1054-1261. Tête de la Chrétienté, proie des Latins, capitale grecque*. Cap. “La ville sous le regard des autres”; (dir. Alain Ducellier y Michel Balard) (Col. Mémoires n° 40). Pags: 181-183. Paris: Autrement, 1996 (ISBN: 2-86260-575-1).

JACOBY, David: “The Urban Evolution of Latin Constantinople, 1204-1261”, en *Byzantine Constantinople: Monuments, Topography and Everyday Life*; (Nevra Necipoglu, ed.) (Col. The Medieval Mediterranean, vol. 33). Leiden, Boston, Köln: Brill, 2001 (ISBN: 0928-5520).

JANIN, Raymond: *La Géographie ecclésiastique de l'Empire Byzantine. Le Siège de Constantinople et le Patriarcat Ecuménique. T. III. Les églises et les Monastères*. Paris: Publications de l'Institut Français d'études Byzantines, 1969.

JANIN, Raymond: “Les sanctuaires de Byzance sous la domination latine, 1204-1261”, *Études Byzantines*, tII, 1944, pags: 134-184.

JULIANO: *Contra los Galileos. Cartas y fragmentos. Testimonios. Leyes* (introd.. trad y notas de José García Blanco y Pilar Jiménez Gazapo). Col. Biblioteca Clásica Gredos, 47. Madrid: Gredos, 1982 (ISBN: 84-249-0244-0).

LENIAUD, Jean Michel y PIERROT, Françoise: *La Sainte Chapelle*. Paris: Nathan/CNMHS, 1991 (ISBN: 2-09-241004-0).

LIMBERIS, Vasiliki: *Divine Heiress, The Virgin Mary and the creation of Christian Constantinople*. London y New York: Routledge, 1994 (ISBN: 0-415-09677-4).

MALAMUT, Elisabeth: *Sur la route des saints byzantines*; Paris: CNRS, 1993 (ISBN: 2-271-05001-4).

MALAMUT, Elisabeth: “Le monastère Saint-Jean-Prodrôme de Pétra de Constantinople”, en *Le Sacré et son inscription dans l'espace à Byzance et en Occident, Études comparées*; (Col. Byzantina Sorbonensia, n° 18), Paris: Publications de la Sorbonne, 2001 (ISBN: 2-85944-421-1). Pags:219-233.

MANGO, Cyril: “Constantinople, Ville Sainte”, *Critique, Revue générale des publications françaises et étrangères* (Byzance-Istanbul.) XLVIII, n° 543-544, pags. 625-633. Agosto-Septiembre 1992.

MERCATI, Silvio Giuseppe: “Santuari e reliquie Constantinopolitane”, en *Rendiconti: Tai della Pontificia Academia Romana di Archeologia*, n° 12, 1937. Pags: 133-156.

NICOL, Donald M.: “The Fourth Crusade” en *Byzantium and Venice, A Study in Diplomatic and Cultural relations*. Cambridge: Cambridge University Press, 1988 (ISBN 0-521-34157-4).

KAZHDAN, Alexander (Ed.): *The Oxford Dictionary of Byzantium*, epígrafe “Relics”, en Vol. 3, pags: 1779-1781. New York, Oxford: Oxford University Press, 1991 (ISBN: 0-19-504652-8).

PALIOURAS, Athanasios (Ed.): *The Oecumenical Patriarcate. The Great Church of Christ*. Athens: E. Tzaferis, 1989 (ISBN: 960-429-009-6).

PAPADAKIS, Aristeides y TALBOT, Alice-Mary: “John X Camaterus Confronts Innocent III: An Unpublished Correspondence”, *Byzantinoslavica*, 33, 81972), pags: 26-41.

QUELLER Donald E.: “The Devastation of Constantinople”, en *The Fourth Crusade. The Conquest of Constantinople*. 2<sup>a</sup> ed (rev.). Pags: 193-203. Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 1997 (ISBN: 0-8122-1713-6)

RUNCIMAN, Steven: “La cruzada contra los cristianos”, en *Historia de las Cruzadas. 3 . El Reino de Acre y las últimas Cruzadas*; pags: 109-130 (Trad. De Germán Bleiberg). Madrid: Alianza Editorial, 1994 (ISBN: 84-206-2061-0).

SCHLUMBERGER, Gustave: *L’Epopée Byzantine a la fin du dixième siècle* (en 3 vols.). Paris: Hachette, 1896.

SWAINSON, Harold y LETHABY, William Richard: “Relics, Treasure and Lighting of the Church”, en *The Church of Sancta Sophia Constantinople. A study of Byzantine Building*, pags: 97-121. London y New York: Macmillan and Co., 1894.

VILLEHARDOUIN, Geoffroi de: *La Conquête de Constantinople*; (ed. y Trad. de Edmon Faral) (Col. Les Classiques de l’Histoire de France au Moyen Age, nº 19). Paris: Les Belles Lettres, 1973.